



# El islam: Dios, el concepto de *yihad* y el diálogo entre civilizaciones

IMAM JULIÁN ARTURO ZAPATA F. (ALÍ REZA)\*

## RESUMEN



*El islam es la civilización monoteísta más polémica y controvertida de la historia de la humanidad y la de más rápido crecimiento en el mundo actual. Uno de los pilares fundamentales de la sharia (ley islámica) es la *yihad*, la lucha por la causa de Dios y la defensa del islam. Este noble principio ha sufrido complejas deformaciones por parte de musulmanes y no musulmanes, pero muy especialmente por los oligopolios mediáticos. Los nefastos acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 pusieron en evidencia esta realidad. El diálogo entre civilizaciones es un imperativo de nuestra era: "Todos en el mismo plano sin diferencias ni desigualdades." Sea que lo entendamos o no, a nosotros los hijos de Abraham nos asiste la mayor responsabilidad.*

Palabras clave: *yihad, islam, sharia, ayatolá, sufismo.*

### Abstract

*Islam is the most polemic monotheistic civilization of human history and the one with the fastest growth in the present world. One of the fundamental pillars of the shariah (islamic law) is *jihad*, the fight for God's sake and for the defense of Islam. This noble principle has suffered complicated*

---

Egresado de la Universidad Libre, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas. Estudios de especialización en Ciencia Política, Teología y Filosofía Islámica, Universidad de Imam Jomeini, Qom, Irán. Presidente, fundador e iman del Centro Cultural Islámico. Oficina: Diagonal 22B No. 43-A-13. Correo electrónico: [centroculturalislamico@hotmail.com](mailto:centroculturalislamico@hotmail.com)

*deformations from both muslims and non-muslims, but very particularly from the media. The nefarious events of September 11, 2001, brought to light this reality. Dialogue between religions is imperative in our time. "All on the same level without differences or discriminations". Whether we understand it or not, the greatest responsibility lies on us, Abraham's children.*

Key words: *jihad, Islam, shariah, ayatollah, sufism.*

*Decid: " Creemos en Dios y en lo que se nos ha revelado, fe en lo que se reveló a Abraham, Ismael, Isaac, Jacob y las tribus, en lo que Moisés, Jesús y los profetas recibieron de su Señor. No hacemos ninguna distinción entre ninguno de ellos y nos sometemos a Él.*

Corán 2: 136

Para entender el concepto de Dios en el islam es suficiente leer algunos versículos del sagrado *Corán*.

Alá No hay más Dios que Él, el viviente, el subsistente. Ni la somnolencia ni el sueño se apoderan de Él. Suyo es lo que está en los cielos y en las tierras. ¿Quién podrá interceder ante Él si no es con su permiso? Conoce su pasado y su futuro, mientras que ellos no abarcan nada de su ciencia, excepto lo que Él quiere. Su trono se extiende sobre los cielos y sobre las tierras y su conservación no le resulta onerosa. Él es el Altísimo, el Grandioso.

No cabe coacción en la religión. La buena dirección se distingue claramente del descarrío. Quien no cree en los *taguts* (ídolos) y cree en Alá, ese tal se ase del asidero más firme, de un asidero irrompible. Alá todo lo oye, todo lo sabe.

Alá es amigo de los que creen, les saca de las tinieblas a la luz. Los que no creen, en cambio, tienen como amigos a los *taguts*, que les sacan de la luz a las tinieblas. Esos morarán en el fuego eternamente.

*Corán*: sura 2, 255-256-257

¡En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso!

Di: " Él es Alá. Uno.

Dios, el Eterno.

No ha engendrado, ni ha sido engendrado.

No tiene par".

*Corán*, sura: 112

El *imam* Alí ibn Abi Talib, primer sucesor espiritual del profeta Mahoma y cuarto califa, en su famoso libro *La Cumbre de la elocuencia* (Nahy - ul-Balaghah) define así al Creador:

Gloria a Dios, el Cual no puede ser entendido y reconocido mediante el estudio de sus creaciones, Él es revelado a las mentes de las gentes solamente a través de la innegable evidencia de la inferencia. Él creó los universos y todo lo que ellos contienen sin premeditación, pre-examinación, pre-planeación y revisión de planes. La premeditación, la pre-planeación, la pre-examinación y la revisión de planes son atributos de la mente y obra suyas, y Él está por encima de todos los esfuerzos de la mente. Nada puede permanecer oculto a Su Conocimiento y nada puede escapar de él.

Uno de los grandes filósofos de nuestro tiempo, el *ayatolá* doctor Mohammad Taqi Misbah Yazdi, rector de la Universidad Imam Jomeini en la sagrada ciudad de Qom, Irán, quien estuvo en Colombia en el año 1997, invitado por el Centro Cultural Islámico, en su libro, *Enseñanza de la doctrina islámica (Amuzesh A'qaid)* escribe al respecto: "Dios Altísimo es una unidad monolítica, un ser eterno, que en su unidad y eternidad aúna todas las perfecciones concebibles; de allí que todos los conceptos que podamos proferir o escuchar a su respecto, serán incapaces de ofrecer una imagen precisa de su realidad."

### **YIHAD: LA DEFENSA Y CONSERVACIÓN DEL ISLAM**

Es un deber de todo seguidor de nuestra civilización la *yihad* o lucha por la defensa y conservación del islam. Este pilar es uno de los menos entendidos por musulmanes y no musulmanes y el más calumniado y criticado por los enemigos del islam.

Es noción común en Occidente que el islam fue propagado a punta de espada y que los musulmanes arrasaban los pueblos, matando a quienes no aceptaban el islam. Esta noción equivocada carece de fundamento histórico: ha sido originada por la imaginación de un gran sector de la Europa medieval y las películas de Hollywood.

*Yihad* es una palabra árabe que se deriva del verbo *yahada*, que significa esforzarse, efectuar una labor especialmente difícil, y luchar. *Yihad* significa la lucha por la causa del islam. Su nombre completo es *Yihad fi Sabilillah*: esfuerzo en el camino de Dios. El santo profeta Mohammad (Mahoma) dijo: "¿Queréis os describa la raíz de la cuestión, su pilar y su cúspide? La raíz de la cuestión es el islam, su pilar es la oración y su cúspide es la *yihad*, la lucha por la causa de Dios."

Existen dos tipos de *yihad*: la primera y más importante es la gran *yihad* (*yihad al-akbar*), que consiste en el gran esfuerzo del creyente por

buscar la sabiduría, la mística, la lucha contra el ego y las pasiones. Aquí la *yihad* es oración, purificación, ayuno, meditación, retiros espirituales, peregrinaciones. El Santo Profeta siempre recomendó y ordenó a sus seguidores que buscaran el conocimiento. Dijo: “Buscad el conocimiento de la cuna hasta la tumba”; “Buscad el conocimiento aunque tengáis que ir hasta China para encontrarlo”; “La tinta del sabio es mas santa que la sangre del mártir” y “Dios no ama ninguna gota más de lo que Él ama una gota de sangre derramada en su camino (luchando por el islam), y una lágrima de arrepentimiento sincero y amor a Dios, y una gota de tinta usada para escribir acerca del islam”. También le insistía a sus discípulos el profeta Mahoma que: “La *yihad* más grande es la *conquista del ego*”. El hombre que logra conquistar sus pasiones y dominar su egoísmo y sus malos sentimientos es el guerrero más valeroso y el conquistador más grande, ya que el alma es lo más difícil de educar. Si uno logra conquistar su ego, será un buen musulmán, un verdadero creyente y un hombre piadoso.

Muchos sabios han considerado a través de la historia que la *gran yihad* es la vida trascendental y metafísica, y en este sentido el sufismo y el irfán, que son las ramas esotéricas del islam, son la verdadera manifestación del gran esfuerzo en el camino de Dios. Decía el profeta: “Quien conoce a su alma, conoce a su Señor.” El gran místico persa Jalat ad- Din Rumi, (siglo XIII) decía: “El amor que soy se sumerge en sus propias olas. Extraño mar sin limites que soy”; “El amor divino es el médico de todas nuestras enfermedades”. Hassan de Basra (siglo VIII) decía: “Quien conoce a Dios lo ama; quien conoce el mundo huye de él.” El gran filósofo Al-Ghazali (siglo XII) decía: “Aquel que ama el espíritu está saciado, pero el que ama el mundo siempre está sediento.” El jeque marroquí Darkawi (siglo XVIII) afirmaba: “No ataques ni a judíos, ni a cristianos, ni a musulmanes, pero golpea tu propia alma (*nafs*) ¡y no ceses de golpearla hasta que muera!”

El segundo tipo de esfuerzo en el camino de Dios, es la pequeña *yihad*, el pequeño esfuerzo o pequeña lucha. Y ésta no es otra que la lucha contra el opresor, o contra cualquier sistema social injusto. Esta clase de *yihad* es la que ha sido deformada y tergiversada en Occidente. Algunos traductores del sagrado *Corán* suelen usar palabras que, además de ser inexactas, ya que no corresponden con el significado de la palabra original, se prestan a malas interpretaciones y contribuyen a aumentar la confusión existente entre los no-musulmanes acerca de nosotros, los seguidores del islam. Una de esas

palabras es *guerra santa*. ¡Incluso hay quienes han traducido *yihad* como cruzada!

Guerra santa es una palabra muy confusa y mal intencionada. Por supuesto, hay en la *yihad* una actitud sagrada, ya que es un acto de adoración y de sacrificio por la causa de Dios. Pero no es lo que generalmente se entiende por guerra santa, o sea, una guerra originada por el fanatismo religioso con el fin de destruir a los miembros de otras religiones, o convertirlos por la fuerza a una religión.

El islam no es eso, y el *Corán* lo dice claramente: “No cabe coacción en la religión. La buena dirección se distingue claramente del descarrío. Quien no cree en los *taguts* (falsas deidades) y cree en Dios, ese tal se hace al asidero más firme, de un asidero irrompible. Dios todo lo oye, todo lo sabe.” (2:256)

Uno de los musulmanes de la ciudad de Medina, en tiempos del Profeta, tenía dos hijos que se habían convertido del paganismo al cristianismo antes del islam. El hombre se convirtió al islam y le molestaba que sus hijos fueran cristianos, así que fue a ver al Santo Profeta y le dijo: “¡Oh mensajero de Dios! ¿Qué puedo hacer a estos hijos míos que se han vuelto cristianos? Por más que he tratado, ellos aún no aceptan el islam. ¿me das permiso para forzarlos a que dejen su religión y se *vuelvan musulmanes?*”. El Santo Profeta dijo: “No. La *Ikraha Fiddni* (no cabe coacción en la religión).”

Uno de los grandes milagros del mensaje coránico es que fue aceptado por las grandes civilizaciones que le precedieron y este contacto fue fluido. Encontró al cristianismo y al judaísmo en su origen, y durante su primera expansión hacia el norte encontró las religiones persas (iraníes), tanto el zoroastrismo como el maniqueísmo en el imperio sasánida. Absorbió paulatinamente pequeñas comunidades en las que subsistían vestigios de antiguos cultos helenísticos, especialmente la comunidad sabea de Harran, que se consideraba heredera del aspecto más esotérico de la tradición griega. Encontró al budismo en el noroeste de Persia, en Afganistán y Asia central, y al hinduismo en el Sind y más tarde en muchas partes del subcontinente indio. Incluso hubo contactos con el chamanismo mongol y siberiano en el ámbito popular, sobre todo, a través de las tribus turcas que habían practicado el chamanismo antes de su conversión al islam. Además, los musulmanes de Sinkiang estaban en contacto directo de la tradición china.

Las ideas libertarias del mensaje coránico conmovieron tanto los ci-  
mientos del mundo, que un siglo después del profeta Mahoma, el espectro  
geopolítico de nuestra civilización abarcó espacios geográficos que ninguna  
otra llegó a tener en tan corto tiempo: de España hasta la India y de la mura-  
lla china hasta el Tombuctú (Malí), se escuchaba cinco veces al día en los  
minaretes de las mezquitas el llamado del muecín a la oración y su consig-  
na: “¡Dios es el más grande, doy testimonio de que no hay mas realidad que  
Dios y doy testimonio de que Mohammad es el mensajero de Dios!”

El *Corán* hace un permanente llamado al diálogo. “E invita hacia el  
camino de tu señor con la sabiduría y la prudencia y predicándoles bella-  
mente, y discute con ellos con aquello que es mejor.” (16: 125)

El *Corán* dice: “Dios no ama a los agresores.” Y siempre debemos tener  
claro quién es el agresor y quién el agredido, no hablar de paz por la paz  
misma. Paz no es ausencia de guerra, sino ausencia de injusticia, agresiones  
y trasgresiones entre los hombres.

Dios ordena defender, no atacar. Él no dijo: “Combatid a los demás”,  
sino que ha dicho: “Combatid por Dios contra quienes combatan contra vo-  
sotros, pero no os excedáis. Dios no ama a los que se exceden.” (2:190)

Esta ley coránica es un llamado imperativo al musulmán para conser-  
var la virtud durante los conflictos. Si el enemigo se ha sacudido todas las  
normas éticas, los creyente no deben imitarle en virtud del hecho de que la  
presencia del temor a Dios está estrechamente ligado a la autorización dada  
para rechazar la agresión. Como el fundamento del temor de Dios está en la  
adhesión a la virtud, la ley del talión no debe sobrepasar los límites de la  
virtud humana y del respeto a la dignidad del hombre como tal hombre. Si  
los enemigos mutilan los cuerpos musulmanes, éstos no tienen derecho a  
hacer lo mismo. Por esta razón el Profeta ha dicho: “Tened cuidado de no  
recurrir jamás a la mutilación.” Durante la batalla de Ohod, la segunda en la  
historia del islam, los politeístas mutilaron el cuerpo del tío del Profeta, Hamza  
Abd Al-Mutalib; su muerte y mutilación dolieron profundamente a Mohammad,  
pero no pensó, ni por un momento, en vengarse de la misma forma, durante  
las guerras posteriores habidas con el enemigo.

Si los enemigos matan a los viejos y a los débiles, ello no da derecho  
al ejercito de los creyentes a hacer otro tanto; si los enemigos torturan a los  
prisioneros musulmanes con el hambre y la sed, el ejército del islam no fue

nunca autorizado a responder de la misma manera. Si ellos matan a los cautivos musulmanes, el ejército de Mahoma no estaba autorizado a matar cautivos enemigos después de haberles vencido. A propósito de esto, dijo el Profeta: “Ninguno de vosotros está autorizado a ponerse en el camino de un cautivo de su hermano y matar a ese cautivo.”

El islam busca la consolidación del Reino de Dios en la tierra antes de buscarlo en el más allá y este ideal no es sólo un planteamiento de Mahoma y el *Corán*; son también los ideales de la *Torah* revelada a Moisés y el Evangelio revelado a Jesús, hijo de María. Entonces, la pregunta, como dice Dios en el *Corán*, no es ¿por qué luchar? ya que hemos visto que a veces es necesario, sino ¿por qué no luchar? Dios dice: “¿Por qué no queréis combatir por Dios y por los oprimidos –hombres, mujeres y niños- que dicen: “ ¡Señor! ¡Sácanos de esta nación, de impíos habitantes! ¡Danos a un amigo designado por ti! ¡Danos un auxiliar designado por ti!”? (4:75)

Aquí vemos que la lucha en el camino de Dios no sólo es si alguien ataca a la religión o la ideología, sino también si alguien ataca a las criaturas de Dios. ¿Qué pasaría si no hubiera *yihad*? Si Dios no hubiera ordenado la defensa de ese gran valor de la humanidad que es la religión, ésta habría sucumbido ante sus enemigos. Dios dice: “Si Dios no hubiera rechazado a unos hombres valiéndose de otros, la tierra se habría corrompido.” (2:251)

Y también nos dice: “Si Dios no hubiera rechazado a unos hombres valiéndose de otros, habrían sido demolidas ermitas, iglesias, sinagogas y mezquitas, donde se menciona mucho el nombre de Dios. Dios auxiliara, ciertamente, a quienes Le auxilién. Dios es, en verdad, fuerte, poderoso.” (22:40)

Muy ligado al principio de la *yihad*, la lucha por la causa de Dios, tanto interna (la búsqueda de la sabiduría); como la externa (la lucha contra la opresión), está el fenómeno del martirio. Esta doctrina del *muyahid* (el mártir) ha tenido a través de la historia del monoteísmo islámico ondas repercusiones y es tema de palpitante actualidad, especialmente por la tragedia que está viviendo el noble pueblo palestino.

El Profeta dijo: “Las únicas personas que no serán interrogadas en sus tumbas serán los mártires, ya que el silbar de la espada sobre sus cabezas ya fue suficiente prueba.”

El martirio es caridad, ya que el que defiende las leyes divinas está dando lo más grande por los demás: su propia vida. La muerte de los mártires no es una muerte inútil y su sangre no es derramada en vano. Su muerte es un gran acto de caridad. La sangre del mártir no se desperdicia, no fluye sobre el suelo. Cada gota de ella se convierte en cientos y miles de gotas de sangre que es puesta en transfusión dentro de la sociedad anémica. Por ello dijo el Santo Profeta: "Dios no ama ninguna gota más de lo que ama a la gota de sangre derramada luchando en su camino." La *yihad* es un acto de amor a Dios y al prójimo. También dijo: "Por encima de toda virtud hay otra virtud, pero no hay virtud más alta que la de ser martirizado luchando en el camino de Dios."

El *imam* Alí dijo: "Dios resucitará a los mártires, en el día del juicio final, con tal pompa y esplendor, que aun los profetas si estuvieren montados se desmontarán para mostrar respeto hacia ellos."

¿Qué dice el Corán acerca de ellos? "¡Y no digáis de quienes han caído por Dios que han muerto! No, sino que viven. Pero no os dais cuenta..." (2: 154). Y también: "Y no penséis que quienes han caído por Dios hayan muerto. ¡Al contrario! Están vivos y sustentados junto a su Señor." (3:169)

El *imam* Alí, en su inmortal libro *La Cumbre de la elocuencia (Nahy.ul-Balaghah)*, sermón número 32, escribe estas memorables palabras sobre la *yihad*:

Por supuesto, la *yihad*, la lucha en defensa de la religión y la humanidad, es una de las puertas del cielo que Dios ha dejado abierta para sus amigos privilegiados. Es, en efecto, una armadura diseñada por Él para la defensa de Su causa, y un fuerte escudo para proteger a Sus amigos de sus enemigos y adversarios de la humanidad.

Quienquiera que se aparte de ella, con aversión, será castigado con la desgracia; será visitado por los sufrimientos y calamidades; recibirá humillaciones en vida; y sus facultades de alcance, previsión y capacidad serán aminoradas. Como él ha rechazado el honor de defender su fe, su curso será desviado de la senda de la Verdad; el mundo lo despreciará y lo tratará con humillación y desdén; y se le negará la justicia.

No es ningún misterio para una persona medianamente informada de los contenidos de la doctrina islámica el profundo carácter ideológico que revisten muchas de las leyes coránicas y las enseñanzas del profeta Mahoma y su descendencia inmaculada y purificada (los doce imames infalibles). El rechazo y la crítica a la tiranía, la opresión y los sistemas injustos gozan de especial atención.

“Dios no cambiará la condición de un pueblo mientras éste no cambie lo que en sí tiene.” (13:11). “...Los reyes, cuando entran a una ciudad, la arruinan y reducen a la miseria a sus habitantes más poderosos (nobles). Así es como hacen.” (27:34). “Mandamos a cada comunidad un enviado: ‘Servid a Dios y evitad los *taguts*’. A algunos de ellos les dirigió Dios, mientras que otros merecieron extraviarse. ¡ Id por la tierra y mirad como terminaron los desmentidores!” (16:36)

Dijo el Mensajero de Dios: “Hay dos grupos de mi comunidad los cuales si son correctos, mi comunidad entera será íntegra, y si se corrompen se corrompe mi comunidad. Se le preguntó: ¡Oh Mensajero de Dios! ¿Y cuáles son esos dos grupos? Respondió: Los sabios y los gobernantes.” (Bihar Al-Anwar, T.2, p. 49). Del Profeta: “Cuando cambia el sultán se modifica el tiempo.” (*Al Bajar*, t. LXXVII, p. 165)

Del *imam* Baqir (cuarto *imam*): “...Debes saber, ¡Oh Mohammad! (Mohammad ibn Muslim el conocido narrador) que los líderes opresores y partidarios están fuera de la religión de Dios. Son descarriados y extravían. Las acciones que llevan a cabo son como cenizas aventadas en un día tormentoso. No pueden obtener nada de lo que han adquirido. Este es un extravío profundo.” (*Al kafi*, t.1, p. 184)

Del *imam* Alí: “La desgracia de un responsable es la debilidad política.” (*Gurarul Hikam*, p. 136).

Del *imam* Sadiq (sexto *imam*): “Relató Alí: ‘En el infierno existe una muela de molino que tritura a cinco. ¿ Acaso no me preguntarán qué muela?’ Entonces le preguntaron: ‘¿ Qué es lo que muela, oh Amir Al Mu’minin?’ Contestó: ‘A los sabios inmorales, los recitadores perversos, los déspotas infames, los ministros conspiradores y los concedores mentirosos’...” (*Al Jisar*, T. II, p. 122).

Se ha venido presentando en las últimas décadas la doctrina del martirio en el islam como un caso aislado de locos fanáticos; como si este fenómeno fuese exclusivo de nuestra civilización, olvidando que en la historia de la humanidad el surgimiento de muchas escuelas de pensamiento y la independencia de muchas, si no de todas las naciones de la tierra, está edificada sobre los grandes y pequeños mártires. Occidente, que reivindica para sí la tradición judeo-cristiana, parece olvidar que el gran fundamento de la civilización cristiana es la historia de un mártir: Jesús, hijo de María.

Parecen olvidar que nuestro calendario juliano- gregoriano tiene tantas efemérides del sacrificio de santos y santas, como lo tienen nuestros himnos nacionales.

Las dos mayores religiones de la tierra, que son el cristianismo y el islam, celebramos en forma multitudinaria dos acontecimientos que son distintivos de nuestras concepciones filosóficas y teológicas. El cristianismo celebra la Semana Santa, que es el trágico martirio de Jesús, y el islam conmemora el martirio del imam Hussein, el nieto del profeta Mahoma, quien fue sacrificado con muchos de sus seguidores y familiares en las llanuras de Karbala, en el año 681 d.C., por el ejército del tirano Omeya Yazid ibn Moawiya. Este nefasto acontecimiento de Ashura enlutó la historia del islam y los musulmanes del mundo lloramos esta tragedia todos los años durante diez días en el mes de *muharram* (mes primero del calendario lunar). Hussein ibn Alí es el tercer imam espiritual, más conocido como el príncipe de los mártires y líder de los jóvenes del paraíso. El poder magnético de la figura de Hussein, que se enfrentó con 75 de sus seguidores y familiares a un ejército de más de diez mil hombres, para salvar el estado islámico de la corrupción y opresión de los Omeyas, se convirtió en el paradigma de las luchas revolucionarias hasta nuestro tiempo; en él se inspiraron los 65.000 mártires de la revolución islámica de Irán, que derrocaron a la dinastía Pavlevi y pusieron fin a 2.500 años de monarquía; en él se inspiró la resistencia en el Líbano en los últimos 22 años. Los medios de comunicación de nuestro hemisferio, por su carácter mediático y superficial, vieron en el triunfo del *aytolá* Jomeini el regreso de un fanático, mientras una multitud nunca antes vista de siete millones de personas salieron a recibirlo en la ciudad de Teherán bajo la consigna: “¡Ha regresado el espíritu de Hussein! ¡Oh Ruhollah! ¡Oh Ruhollah! ¡Oh Ruhollah!” Lo que sorprende de esta última frase, *Ruhollah*, es que significa el espíritu de Dios, y es uno de los calificativos que utiliza el sagrado *Corán* para invocar y llamar al profeta Jesús, hijo de María.

Visité muchas veces con mi familia el santuario donde está la tumba del fundador de la República Islámica de Irán, un complejo arquitectónico que está construyendo el pueblo en homenaje a su libertador y que parece un palacio sacado de los cuentos de *Las mil y una noches*. Nos sorprendió la forma como los peregrinos identifican a Jesús con Jomeini: hay escritos en hermosa caligrafía persa vinculándolos. Con mi esposa nos preguntábamos qué pasará el día en que la mayoría de los cristianos se enteren que para el

pueblo iraní es claro que el guía espiritual de Jomeini era Jesús; y que por ende, también uno de los protectores de su revolución contra los reyes.

Pero el lector de este artículo se estará preguntando obnubilado por los nefastos acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 y si los que estrellaron los aviones contra las torres gemelas pueden recibir el glorioso título de mártires y héroes del islam.

Como musulmán occidental que adopté ésta maravillosa escuela de pensamiento, a través del intelecto y la vía mística, no encuentro ningún fundamento en las fuentes del derecho islámico, ni en la *sharia* (jurisprudencia) que justifiquen estos horrendos actos de barbarie contra indefensos civiles. La guerra sólo es válida contra ejércitos regulares que previamente hayan iniciado una agresión. El islam, desde hace catorce siglos, reglamentó el arte de la guerra y dentro de las prohibiciones estrictas está la de que los niños, mujeres, ancianos, comerciantes, campesinos, religiosos y en general, la población civil, sean objetivos militares.

La sociedad estadounidense tiene razón de estar indignada por los hechos del 11 de septiembre, que se salen de todos los cánones de las leyes divinas y humanas. El sagrado *Corán* es categórico: "Aquel que matare injustamente a otro es como si hubiese asesinado a toda la humanidad de la tierra." Y tienen todo el derecho a exigir justicia, pero lamentablemente, una vez más, se ha señalado al mundo musulmán como el directo responsable sin juicio previo. La simple sospecha ha sido suficiente para iniciar una nueva empresa guerrera contra Oriente. Las normas del derecho internacional se están haciendo humo, ha sido ignorado el principio universal de la presunción de inocencia; aquella hermosa regla según la cual el derecho son las pruebas, ha sido remplazada por la oscura práctica medieval de la sospecha. No tengo dudas de que al interior de nuestra civilización hay serios problemas con algunos sectores minoritarios que se han salido de la ortodoxia tradicional y hacen apología de la violencia contra los propios musulmanes y no musulmanes. Una de estas corrientes es el *wahabismo*, seudodoctrina fundada por Mohammad Abdul Wahab (1699-1791) sustento ideológico de los *talibanes* y que tiene sus principales escuelas de formación en Arabia Saudita y Pakistán. Esta desviación se propuso, desde el siglo XVIII, socavar los cimientos de nuestra religión con el pretexto de la defensa del más puro monoteísmo, y todo lo que ha hecho históricamente grande al islam, lo ha venido combatiendo: ataca la filosofía, la mística o sufismo, acusa de herejía a todo

aquel que visita y ora en las tumbas de los profetas y santos, no ve con buenos ojos el arte, ha promovido mil formas para que las dos escuelas de pensamiento correctas, el *shiismo* y el *sunnismo* se enfrenten. Y esto, lamentablemente, llegó a su apogeo en el último siglo, a la sombra del poder petrolero saudita y la complicidad de las potencias occidentales que vieron con buenos ojos como esta secta impediría un renacimiento de la civilización islámica.

En diciembre del año 2001 fui invitado a la República de Indonesia, a una conferencia mundial de líderes musulmanes, que tuvo lugar en la ciudad de Yakarta a instancia del expresidente de ese país, Abdurrahman Wahid y de la Federación Interreligiosa e Internacional para la Paz Mundial, FIIP. El centro del debate fue el mundo islámico después del 11 de septiembre y la condena al terrorismo. La conferencia revistió de gran importancia porque Indonesia es la nación más grande del islam, con más de doscientos millones de creyentes y donde más manifestaciones de apoyo ha recibido Osama ben Laden. Muchos de los invitados le preguntamos al expresidente Wahid por qué los jóvenes de su nación llevan con orgullo camisetas, llaveros, pancartas con la efigie del millonario saudita. Él respondió con gran profundidad:

El fenómeno de Osama ben Laden entre nuestros jóvenes es un problema esencialmente de educación. Nuestros jóvenes están confundiendo a ben Laden con el imam Jomeini, quien fue un sabio religioso constructor de educación y cultura; no logran distinguir la diferencia entre ambos mensajes. De esto somos todos responsables.

## DIÁLOGO ENTRE CIVILIZACIONES

La convicción de que lo occidental es también universal permanece encastillada en muchas mentes incautas. Los occidentales con excesiva frecuencia tienden a contemplarse como los portadores de la universalidad y superioridad de una civilización que consideran única. Y esta absurda visión eurocentrista constituye una amenaza constante para todos los seres humanos, pues desde tal perspectiva son considerados irrelevantes y erróneas las tradiciones culturales y sociales de otros pueblos.

Frente a tales concepciones se han levantado grandes pensadores occidentales, como el historiador británico Joseph Needham (Londres, 1900), quien en su libro *Dentro de los cuatro mares. El diálogo entre Oriente y Occidente* (Siglo Veintiuno de España Editores, Madrid, 1975) dijo: "Todos

en el mismo plano, sin diferencias ni desigualdades.” Actualmente, el auge de la ciencia y la tecnología modernas en Europa y Norteamérica, con su secuela de poderes sobre la naturaleza previamente inimaginables, ha dado a americanos y europeos una psicología casi inconsciente de dominio. Esta mentalidad se ha visto confirmada por anexiones, guerras de conquista y expediciones de castigo desde el período de expansión colonial. De tal forma, que los valores europeos y norteamericanos se ofrecen hoy, como antes, en la punta de un fusil, con el hongo atómico y el terror químico amenazando al mundo. Algunos sectores de la civilización occidental hoy demuestran tan poca humildad cristiana como en tiempos de las cruzadas, cuando la civilización del islam era, sin embargo, superior en su conjunto, a la de Europa. Pero una autoestima entonces simplemente absurda es hoy una grave amenaza a todos los seres humanos.

Una prueba reciente de esta enfermedad fueron las afirmaciones del primer ministro italiano Silvio Berlusconi, dueño de los medios de comunicación de su país y del famoso equipo de fútbol el Milán: “La civilización occidental es superior al islam.” Europa protestó por estas irresponsables declaraciones que cayeron como baldado de agua fría en la conciencia del viejo continente, cansado de nazismos, fascismos, comunismos, nacionalismos y xenofobia.

Es muy triste que los nefastos acontecimientos del 11 de septiembre hayan terminado por opacar la celebración más importante de las Naciones Unidas, ONU, que proclamó el año 2001 como el Año del Diálogo entre Civilizaciones. Esta propuesta, que presentó el presidente de la República Islámica de Irán, Mohammad Jatami, en el 1998, es uno de los hitos de mayor trascendencia de la posmodernidad. El diálogo entre civilizaciones no es una nueva religión, ni una nueva ideología. Es, sí, un nuevo método para ayudar a restituir el derecho de la civilización, a defender sus postulados eternos y armonizarlos con los principios de otras culturas y civilizaciones que tienen fines comunes. La razón fundamental por la que no puede existir una guerra entre civilizaciones en sentido estricto es porque no puede existir una guerra entre principios eternos y universales. Los conflictos fratricidas los han inventado aquellos sistemas materialistas que tienen siglos tratando de erradicar en el hombre su esencia trascendental y metafísica.

Hoy, quienes ven el nuevo milenio como escenario de la guerra entre civilizaciones, sostienen que la muerte de las ideologías es inminente y que sólo el neoliberalismo y su dogma central, la globalización de la economía, pueden salvar al mundo. Los mismos defensores de esta nueva corriente materialista hablan del fin de la historia como el cierre final de la ideología liberal y democrática. Estas dos tesis apocalípticas, de la guerra entre civilizaciones y el fin de la historia, sí tienen un objetivo claro, cual es destruir la esencia de toda civilización que se le oponga. Y la razón es obvia: el neoliberalismo sólo podrá instaurarse en el ámbito planetario previa extirpación de cualquier identidad específica. Este último avatar del capitalismo salvaje tiene una visión del mundo según la cual los vínculos tradicionales entre los hombres y los pueblos, es decir, la comunidad, la cultura, la religión, la patria, su historia y sus héroes, son rémoras de un pasado decadente que debe ser superado. Y el destino final de la humanidad es formar un solo cuerpo regulado por las normas del mercado, que son presuntamente neutras y racionales. Y es así como la globalización, lejos de reducirse a un mero hecho técnico, se convierte en una amenaza para quienes pensamos que el destino natural de la humanidad no es formar un gigantesco mercado. Y que los vínculos llamados tradicionales y civilizacionales no son rémora alguna, sino una evidencia antropológica y espiritual que busca nuevos caminos de progreso en su búsqueda de la eternidad y lo absoluto. El mismo *Corán* es un defensor del diálogo entre civilizaciones y culturas: “¡Hombres! Os hemos creado de un varón y una hembra y hemos hecho de vosotros pueblos y culturas para que os conozcáis unos a otros.”

Hemos visto con admiración cómo, en las últimas décadas, a partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia Católica ha estrechado vínculos de cooperación y amistad con grandes civilizaciones y culturas diferentes a la tradición occidental. El diálogo entre civilizaciones y el diálogo interreligioso debe ser de la esencia de toda política interior y exterior en este siglo XXI, enriquecida y ampliada a la luz de la diversidad civilizacional y cultural; en este mismo sentido, las luces y las sombras de la globalización deben ir aminorando los efectos homogeneizadores y hegemoneizadores, maximizando el papel de la religión en sus expresiones y dimensiones, en todos los escenarios de la vida humana. Esta globalización debe ser vista desde una perspectiva pluricéntrica y pliricultural, asumiendo y respetando las

diferencias culturales sin el dominio y superioridad de una de ellas. Las tradiciones monoteístas debemos reexaminar nuestra propia realidad en el contexto de la globalización, para resituarnos en esta nueva realidad; concretamente, asumir el desafío de la emergencia de una conciencia global y de identidades múltiples.

Nuestro país es uno de los quince miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y debemos ser conscientes de si queremos un mundo multipolar o unipolar o sencillamente un mundo apolar, porque de esta decisión depende en gran medida el futuro de la paz nacional y mundial.

Tristemente, el 11 de septiembre fueron destruidas las torres gemelas y el hombre occidental empezó a sentir que su alma estaba llena de escombros, como la Gran Manzana; también el 11 de septiembre muchos prejuicios se derrumbaron; comprendimos mejor lo efímero que es la existencia humana y el poder material y empezamos a preguntarnos si es necesario establecer una nueva relación entre las naciones poderosas y las naciones débiles de la tierra.

El diálogo de nosotros, los hijos de Abraham, debe ser sobre la base de los fundamentos de la religión, el reconocimiento mutuo, la equidad y la justicia, el rechazo al fanatismo y la intolerancia. Por supuesto, para que el tema del diálogo entre civilizaciones propuesto por la ONU y la UNESCO tenga acogida en el mundo universitario y se puedan consolidar en nuestras sociedades dadas al parroquianismo, es fundamental llevar a cabo una reforma de la academia.

## BIBLIOGRAFÍA

*El Corán*, Foundation of Islamic C.P.W, Qom, Irán, 634 pp.

IBN ABI TALIB, ALI, *La Cumbre de la elocuencia*, Tahrike Tarsile Qur'an, New York, 1998, pp. 146.

HAKIMI, MUHAMMAD RIDA, *Al Haiat (La Vida)*, Oficina de Propagación Islámica, Qom, Irán, t.4, 290 pp.

MISBAH, MUHAMMAD TAQI, *Enseñanza de la doctrina islámica*, Asamblea Mundial de *Ahlul – Bait* (P), Qum, Irán, 164 pp.

SOARES DE AZEVEDO, MATEUS, *Iniciación al islam y al sufismo*, Panamericana Editorial, Bogotá, 1995, pp. 225-226.

